

O, si el tiempo estaba frio,
 Sobre su borde á sentarse,
 Para gozar de las flores
 Que crecen en los arriates,
 A respirar el aroma
 Que de ellas el aura trae,
 Y á buscar en sus recuerdos
 Un consuelo á sus pesares.



Entre el estanque y el bosque
 Sus pasos lentos y graves
 La fúnebre comitiva
 Detuvo un solemne instante,
 E introduciendo en la cueva
 Los nobles restos mortales,
 Cubrieron la negra boca
 Con unos delgados mármoles.



ROMANCE III

LA REVELACION

En un gran salon oblongo,
 El mismo en que daba audiencia,
 Moteuczoma Xocoyotzin
 Está sentado á la mesa:
 Era esta una almohada dura
 Cubierta de fina tela,
 Como la nieve de blanca,
 Y como la nieve tersa.

De barro del de Cholollan,
Sobre ella, exquisita y nueva,
Una costosa vajilla
Su rara labor ostenta,

Y en una copa de oro
Cincelada con destreza,
Que luce finos engastes
De conchas del mar y perlas,
Cubierto de espuma hirviente
Que su calidad revela,
Un chocolate que perfuman
Varias olorosas yerbas,

Cautiva al rey que lo toma
Con un pan que le deleita,
Hecho de harina amasada
En blanca miel y con yemas.

Le acompañan sus ministros,
Cuatro mujeres muy bellas,
Y Tapia su mayordomo,
De la flor de la nobleza,

Estos son únicamente
Quienes presencian su cena;
Que á mas de ellos, para todos
Están cerradas las puertas.

El monarca aquella tarde
De contento daba muestras;
Que nunca el placer se puede
Ocultar, cual la tristeza.
Estaba locuaz, festivo,
Y en contra de lo que cuentan
De la ruina de su imperio,
Desata mordaz la lengua;

« En vano los que consultan
— Decía — allá en las estrellas,
Intentan amedrentarme
Con proféticas sentencias.

Esta vez Nezahualpili
Es innegable que yerra,
Y que su genio extravía
Por los campos de la ciencia.
Delira... mas no me asusta... —
¡ Que rey de Acolhuan no fuera! —
Como el otro, entre las llamas
Me pagaría su ofensa. —

Él desazona á mis huestes
Que con sus augurios tiemblan;
Solo yo me burlo de ellos,
Solo yo los menosprecia.»

Y al decir esto, reía
Con carcajadas histéricas,
Como el cobarde que teme
Y que su miedo desecha;
Como aquel que aliento y bríos
Por aparentar se esfuerza,
Y en el semblante risueño
Lívido el temor demuestra.

Interrumpe el débil curso
De su risa descompuesta,
El que en palacio á tal hora
Cargo de ugier desempeña,
El cual, entrando en la estancia,
Paróse junto á la puerta
Y dijo así con voz grave,
Después de tres reverencias:

« El Señor rey de Tescuco,
Nezahualpili, desea
Obtener del soberano
Una breve conferencia.»

Oyelo el monarca; al punto
El torvo entrecejo pliega,
Y suda, y heladas gotas
Por la ancha frente le ruedan;
Y con tembloroso labio
Y acento que indica á leguas
Grande disgusto, que pase
El rey de Tescuco, ordena.

Hecho el saludo de estilo,
Ambos monarcas se sientan,
Y el Tescucano su objeto
Expresó de esta manera:
« Señor, tu hermana Papantzin
A quien tú juzgabas muerta,
So las gradas del estanque
Que está de su tumba cerca,

Salió esta tarde á gozar
De la suave brisa fresca,
Placer que le agrada mucho,
Antiguo y genial en ella.

A los ojos de una niña
Que entre las flores traviesa,
Brincando pasa las tardes,
Como siempre se presenta:

Papantzin la llama, dulce
Las tiernas mejillas besa,
Y con blanda voz, que avisé
Al mayordomo le ruega:

La esposa de éste, á la súplica
Infantil, al sitio vuela;
Y desvanecida cae
Al ver allí á la princesa.

La niña llora; á sus gritos
Innúmero gente llega,
Que con asombro indecible
Tan gran prodigio contempla.

Tu hermana á todos les habla,
Les convence y les consuela,
Y que me llamen les pide
A los que allí la rodean.

Yo la he visto, y en su nombre
Te suplico, que sin tregua,
A Tlaltelolco te llegues
Que en su palacio te espera.»

Dice así Nezahualpili,
Y Moteuczoma, que apenas
Puede respirar, se oprime
La vacilante cabeza.

El corazon se le salta
Y en rudos vuelcos golpea
El débil pecho angustiado,
Que es para él cárcel estrecha.

Hasta que al fin entreabriendo
La boca que nieve alienta,
Con entrecortadas frases
Y mal combinadas señas,

Ordena al ugier que al punto
Le acerquen la ancha litera,
En la cual, á poco rato,
Con el rey su primo entra,

Y al palacio se dirige,
Donde su hermana lo espera,
Por el temor dominado
A la par que de impaciencia.

En un banco de agalloco¹
 Con albas talas cubierta,
 Está Papantzin sentada
 Muy pálida, aunque serena.

Ocho esclavas la acarician,
 Que lloran de gozo al verla,
 Y del xochiocotzotl² grande
 Preciosa resina quemán;

Humo que en loor de los dioses
 Sencillas cántigas lleva,
 Por el favor que reciben
 Y por el bien que les prestán.

Que su hermano niegue el hecho
 Teme la noble princesa,
 Y otra segunda embajada
 A dirigirle se apresta,

Cuando oye ruido de pasos
 Y ve á Moteuczoma que entra;
 Moteuczoma, que al mirarla
 Como una estatua se queda.

1 Aloe.
 2 Liquidambar.

¡Era cierto! de la duda
 No lo envuelven las tinieblas,
 Y tal milagro patente
 Ante sus ojos se muestra.
 —«Ayer la enterré» — murmura
 El rey con faz descompuesta,
 Y se desploma en un banco
 Que dos mujeres le acercan.
 Sepulcral es el silencio
 Que en la ancha cámara reina,
 Y á que hable Papantzin todos
 Los circunstantes esperan;
 Quien arreglando su traje,
 Despues de pedir la venia,
 Con voz débil y argentina,
 Así su relato empieza:

«Señor, cuando en los brazos de los míos
 Dejé de respirar, tal vez no muerta,
 Falta sí de sentido, halléme sola,
 Sola y en medio de llanura extensa.

Ni un árbol, ni una flor, ni planta alguna
 Miraba en su extension árida y seca;
 Ni arroyo manso, ni sonora fuente,
 Ni ave gentil, ni corpulenta fiera.

Solo y cerca del sitio en que yo estaba
 Iba arrastrando su corriente inmensa
 Un caudaloso río cuyas olas
 Unas tras otras con fragor estrella.

Al espantoso ruido que llevaba,
 Sentí helarse la sangre de mis venas,
 Y á cruzar una fuerza me impelia
 La mole de sus ondas verdinegras.

Resuelta estaba ya, mi pié desnudo
 Tocaba el agua con la planta inquieta,
 Cuando sentí una mano sobre el hombro,
 Y un acento escuché que dijo: «espera.»

Alcé la vista, y á los ojos míos
 Apareció un doncel, de forma esbelta,
 Vestido con un traje reluciente,
 Como la blanca luz de las estrellas.

Sostenido en el aire parecía
 El tlauquechol que majestuoso vuela
 Con dos alas de plumas vaporosas,
 Sonrosadas, flotantes y ligeras.

« Espera, sí, me dijo, no es aún tiempo
 De que intentes ganar la orilla opuesta;
 Hay un Dios que te quiere y te conoce,
 Y por eso á la fin serás su sierva.»

De allí el gallardo jóven me condujo
 Caminando por la húmeda ribera,
 En donde ví esparcidos muchos huesos,
 Y pálidas y humanas calaveras.

Y á escuchar comencé tristes gemidos
 Que el pecho me rasgaban con fiereza,
 Punzando cada poro de mi cuerpo
 Un espantoso frío que aun me hiela.

Torné luego á mirar hácia las olas,
 Y sobre el filo de sus blancas crestas,
 Unas barcas enormes navegando
 A mi asombrada vista se presentan.

Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres
 De distinto vestir de nuestra tierra,
 Con escamas de plata sobre el busto,
 Y yelmos de metal en la cabeza,

Los ví con estandartes en las manos,
 De blanco cútis y mirada fiera,
 Teñidas las mejillas de achioté,
 Con labios de coral y barbas negras.

Entonces el doncel que sonreía
Del profundo estupor de que era presa,
Mirándome con ojos compasivos,
A hablarme comenzó de esta manera:

«Dios quiere que en el mundo todavía
Arrastres largo tiempo tu cadena,
Y de grandes revueltas y batallas
Que aquí sobrevendrán, testigo seas.

Los gemidos tristísimos que oíste
De este río en las márgenes desiertas,
Son ayes del dolor de tus mayores
Que sufren cruda, perennal condena.

Son los gritos de angustia que provocan
Las culpas infinitas del que yerra,
Las culpas que en el alma se castigan
Con horribles tormentos que no cesan.

Y esos hombres que llegan en la barca,
A tu patria infeliz traen la guerra;
Y dueños y señores absolutos,
Con las armas, al fin, serán de ella:

Publicarán con su victoria el nombre
Del Hacedor del cielo y de la tierra,
Y arrojarán los ídolos de barro
Donde la luz del sol nunca penetra.

Y cuando el baño santo se promulgue,
Serás en recibirlo la primera;
Para que á los demas de ejemplo sirvas
Con ritos nuevos y oraciones nuevas.»

Al decir estas palabras
Envuelto entre nubes densas,
Desapareció el mancebo
Arrebatado por ellas.

Sentí en mi pecho la vida,
Sentí renacer mis fuerzas,
Y del recinto sombrío
Saqué la planta ligera;

De mi tumba á leve impulso
Cayó la delgada piedra...
Lo demas, ya tú lo sabes,
Gran Señor, haz lo que quieras.»

Cayó Papantzin; atónito
 El gran Moteuczoma queda,
 Y ni una sílaba escasa
 Puede articular su lengua.

La blanda silla abandona,
 Nublada la frente régia,
 Dando en el rostro señales
 De lo que en su pecho lleva.

Que hay sensaciones tan hondas
 Que no en frases se revelan,
 Que pesan tanto en el alma
 Que dentro el alma se quedan.

Salió sin mirar á nadie,
 De casa de la princesa,
 Y retiróse á un palacio
 Que triste y de luto era,

Donde pasó largos días
 Y largas noches inquietas,
 A acerbo ayuno entregado
 Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Tornar á la patria un día
 Pero de la patria digno
 O perecer en la lucha
 Si no puede conseguirlo.
 Añaden las barcas, y el fuego
 Alumbra el mar cristiano

SEGUNDA PARTE.

Con brillante colorido
 Como una mujer de gloria
 Que anuncia, tras de un martirio
 Largo y penoso, felices

ROMANCE I

Años en ventura fijos
 Y que los nombres de aquellos
 Soldados esclarecidos
 Vivirán eternamente
 Por los siglos de los siglos

Entre un mar surcado apenas
 Y un mundo desconocido,
 Hernan Cortés, temerario,
 Manda quemar sus navíos.

Un puñado de valientes
 Contempla tanto heroísmo,
 Y cada cual se propone
 Volver al suelo nativo;